



## Sentido oculto del Quijote

DISCURSO DE RECEPCIÓN

EN LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

23 de Abril de 1871

SEÑORES:



HAY un nombre, que al pronunciarlo hace latir con el más legítimo orgullo todo corazón español; nombre que ya no pertenece á España solamente, sino á Europa toda, al mundo entero, porque en todas partes es conocido y alabado, demostrando él sólo la verdad con que se dice que los hombres superiores son glorias de toda la familia humana, y que el genio no tiene patria.

Bien comprenderéis que me refiero al soldado de Lepanto, al heroico cautivo de Argel, al autor de *El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



Escribió un libro que es la delicia, el encanto, el recreo de la humanidad, y la eterna desesperación de los imitadores; y ese libro es el pedestal de su gloria.

Apreciaciones de todo género se han hecho, se hacen y se harán sobre esa obra maravillosa, sin igual entre las de entretenimiento; juicios los más encontrados se aventuran acerca de ella; permitidme, pues, que en día tan señalado ponga ante vuestra vista mi apreciación sobre ese celebrado libro. El momento es solemne; el día no puede ser más propio para hablar de *Cervantes* y del *Quijote*.

Hoy se cumplen doscientos cincuenta y cinco años; tal vez en esta misma hora exhaló su último suspiro el escritor insigne; y tan singular coincidencia presta á la solemnidad literaria que celebra la Academia el carácter de un aniversario, que no por ser de índole diferente de otros que en este momento se le consagran, dejará de tener su importancia, pues vamos á ocuparnos algún tiempo en meditar y discurrir sobre el pensamiento de su obra inmortal.

Y al escoger el tema de este discurso, bosquejado hace mucho tiempo, nada estaba más lejos de mi ánimo, señores, que imaginar había de ser leído en el aniversario de la muerte de *Cervantes*, aunque por extraña casualidad así ha venido á suceder; ni le elegí tampoco porque tenga pretensiones de decir alguna cosa que por nueva ó por buena pueda cautivar vuestra ilustrada atención; sino porque así, escu-

dado con ese nombre ilustre, hablando del libro único y tan simpático para todos, me presento ante vosotros trayéndome *Cervantes* como por la mano á ocupar el asiento que bondadosamente me habéis concedido, y merezca indulgencia siquiera en gracia á los méritos del introductor. Aspiro á que detrás del gran nombre de *Cervantes*, distraídos los ánimos con el embeleso que produce cuanto al *Quijote* se refiere, pase inadvertido y como en la sombra el escaso valer de quien de ellos os habla.

Y no es falsa modestia, señores. Vacío durante largos años ha estado el asiento que vuestra indulgencia me invita á ocupar. Quizás conociais que no era fácil dar digno sucesor al ilustre patricio, al profundo literato y elegante traductor de los poetas griegos, al Sr. D. José del Castillo y Ayensa, cuyo nombre sólo basta para su elogio. ¿Y no queréis que tema la comparación, que por necesidad ha de establecerse, cuando vuestras miradas busquen en este sitio al ilustre amigo, por tantos títulos benemérito, y encuentren solamente al aficionado sin nombre, que si en amor y entusiasmo por las letras y las artes no cede á nadie, tiene que ceder á todos por la insignificancia y nulidad de sus trabajos?

Hablar más en este terreno pudiera tacharse de afectación, cuando con vuestros votos me habéis honrado: volvamos, pues, la vista á *Cervantes* y al *Quijote*.

De este libro como obra literaria, como lectura popular, nada nuevo pudiéramos decir. Los enco-



mios, las alabanzas están agotadas. «Se le ve colocado entre una literatura que muere y otra que nace, »y es de ambas el más acabado modelo.» Esto ha dicho de él uno de nuestros más juiciosos y profundos críticos, y luego añade: «Como novela, aun no tiene »rival el *Quijote*, según Federico Schlegel lo prueba »con sabios argumentos. Manzoni y Walter Scott »distan tanto de *Cervantes*, cuanto Virgilio, Lucano, »y todos los épicos y heroicos de todas las literaturas »del mundo, distan del divino Homero.»

Si el autor del *Quijote* se propuso dar alivio á la melancolía de la humanidad, proporcionar al hombre pasatiempo de más graves ocupaciones, su objeto está por demás conseguido. Su obra inimitable cuenta más ediciones en todos los idiomas del mundo, que ningún otro libro de cuantos de letras humanas se han escrito.

Pero un espíritu innovador, y que no quiere ver en las obras del ingenio solamente el ingenio mismo, sino que busca siempre profundidades y misterios en lo más llano y en lo más claro, tal vez porque no puede persuadirse de que sin eso que quiere llamar filosofía, sentido oculto, doctrina esotérica, no puede existir obra de mérito, hace mucho tiempo que viene trabajando por dar al libro una significación diferente de la que su autor le atribuyó repetidas veces. La idea no es nueva, pues datos hay que persuaden de que no tardó mucho en formularse al tiempo de la aparición del *Quijote*, creyendo el pueblo que algunos de sus personajes eran parodia, crí-

tica ó caricatura de otros personajes y verdaderos que existían en la corte (1), de tales ó cuales hazañas más ó menos exageradas; y que hoy toma distinto rumbo y mayor vuelo queriendo encontrar en aquellas alegres páginas y regocijadas aventuras, no ya el perfil abultado ó disminuído de este ó estotro personaje, sino la crítica y censura formal de las instituciones de la España de entonces, y hasta la anticipación de las ideas que proclama hoy el más avanzado espíritu filosófico.

Este género de comentarios tiende más á quitar interés al libro que á prestárselo. Por quererle dar importancia se le roba, convirtiéndole en un logogrifo, que si no era en su tiempo de fácil explicación, hoy sería de todo punto indescifrable. En los escritos que con tal intento se han divulgado, se descubre más el deseo de lucir su ingenio el comentador, que el de averiguar la idea que presidiera á la creación del *Ingenioso hidalgo*. Se prestan á *Cervantes* las ideas, y con ellas las pasiones de nuestra edad moderna; se le quiere convertir en un escritor de oposición á todo lo que en su tiempo existía; y *Cervantes* no se oponía á nada más que al abuso. Mostraba los defectos, deseando su corrección como filósofo moralista; pero no ambicionaba la destrucción, sino la enmienda; no quería derribar, sino restaurar; porque él amaba y respetaba todo lo que era amado y respetado por los españoles del tiempo en que vió la luz. La fe, la patria, el honor, eran nombres sagrados que siempre encontraban eco en la España dominadora



del mundo, y que tuvieron un templo en el pecho de *Miguel de Cervantes*, que era español de los mejores.

Y al hablar así, no es porque yo rechace toda idea de SENTIDO OCULTO, ni deje de encontrar en el *Quijote* rasgos intencionados y pinturas de sucesos contemporáneos; pinceladas que nos revelan el estado del ánimo del autor cuando las escribía; sus afectos, sus antipatías, y su manera de sentir sobre ciertas y determinadas cuestiones (2); pero esto se encuentra siempre y se estudia en todas las obras de todos los autores, con tanta mayor claridad y mayor fuerza cuanto más poderosa es su individualidad y más decidido su carácter, su significación en el terreno del arte. Hijas del entendimiento las obras todas que el hombre produce, natural es que conserven rasgos de la fisonomía intelectual del padre que las engendra; que no hay contradicciones en la naturaleza, y los fenómenos del orden físico se reproducen y repiten en el moral. Por eso es fácil distinguir las creaciones de los artistas, y nadie confundirá una valiente estatua del atrevido Buonarrotti, con las más delicadas de Benvenuto; como no se confunden los arrogantes versos de Herrera y de Espronceda, con los tiernísimos y sentidos de Garcilaso, de Francisco de la Torre y de Fray Luis de León.

Se comprende muy bien que llevados del exagerado entusiasmo, de ilimitada pasión por ese libro que tanto embelesa y tanto hace pensar, quieran los lectores identificar á su desgraciado autor con el simpático protagonista de la obra, amable siempre,

siempre interesante en medio de sus desvaríos, para confundirlos á ambos en un mismo afecto, envolviéndolos en igual cariño y tributándoles la misma admiración. Buscando con ingenio, analizando con sagacidad, y llevando el decidido propósito de equivocarse, no es difícil tampoco dar á aquellos deseos una apariencia de realidad; pero esto no es más que un sueño generoso. Si *D. Quijote* se parece á *Cervantes* en la nobleza de los sentimientos, en la constancia en los trabajos, en la aspiración constante á un ideal perfecto, no es porque sea *Cervantes* mismo, no es porque sea su retrato, es porque fué su hijo y nos ha transmitido en él una parte de su vida intelectual, un trasunto fiel de su noble corazón. «Don Quijote es Don Quijote, y nada más. Tiene vida propia, no prestada; esparce luz nativa, no refleja la de nadie.»

Yo, señores, opino en esto como el ilustre amigo que me escribía esas palabras (a); rechazo esos que se llaman comentarios filosóficos, como rechazaba á los que querían encontrar en el *Quijote* la sátira personal, de que siempre huyó *Cervantes*, porque creo que ninguno de ellos es verdadero; y, sin embargo, yo veo también en ese libro algo superior á su acción como novela; entreveo en su conjunto una idea grandiosa que no está puesta de intento por el autor, sino que se desprende á pesar suyo de la obra entera, y que viene á ser la síntesis, por decirlo así,

(a) El Sr. D. Aureliano Fernández Guerra.